

**SEGUIMIENTO DE CRISTO Y MORAL CRISTIANA EN SAN BERNARDO**

Nunca ha sido fácil hallar un terreno firme en el que puedan hundirse las bases que han de sostener el edificio ético. Nada parece satisfacer la necesidad de establecer un fundamento sólido: ni la invocación de un principio natural universalmente admitido, ni la apelación a la majestad de las leyes, ni la evocación de las mayorías sociológicas, ni la glorificación de la intuición personal.

Tampoco es fácil establecer el fundamento último de la normativa moral en el ámbito de la fe cristiana. A la insatisfacción producida por las posibilidades mencionadas se une el riesgo de un positivismo que, subrayando o bien el papel de la revelación o bien el del magisterio eclesiástico, dificultaría la apelación a la racionalidad y el diálogo interreligioso.

Sin renunciar a la seriedad inapelable del recurso antropológico, el Concilio Vaticano II ha tratado de orientar a los cristianos en el intento de fundamentar la existencia cristiana y la reflexión sobre la misma en la piedra angular que es Jesucristo. Es cierto que esta orientación, pacífica y gozosamente admitida, puede encubrir el riesgo de reducir la moral cristiana a una mera copia de los gestos de Jesús de Nazaret, olvidando la presencia del Cristo resucitado en el corazón de sus discípulos y en la vida de la comunidad.

Este riesgo fue lúcidamente intuido y expresado por el profesor Raimundo Rincón cuando escribía:

“No se trata simplemente de reconocer y admirar la calidad ética de su conducta y de su mensaje moral; ni tampoco de ser uno de sus fieles oyentes o imitadores [de Jesús]. Se trata, ante todo y sobre todo, de identificar la propia vida con la vida de Cristo, de

modo que quede interiorizado en nuestros corazones su proyecto existencial (su causa) y podamos así construir nuestra existencia”<sup>1</sup>.

El tema del seguimiento de Cristo ha constituido, como se sabe, uno de los pilares en los que la Teología Moral cristiana ha tratado de fundamentar tanto la legitimidad de su articulación epistemológica como la comprensión específicamente cristiana de las categorías morales.

A partir de la conocida obra de F. Tillmann, que estudiaba la moral cristiana a la luz de la idea del seguimiento de Cristo<sup>2</sup>, la Teología Moral<sup>3</sup> y el Magisterio de la Iglesia<sup>4</sup> no han dejado de insistir en la categoría del “seguimiento de Cristo”, como clave fundamental para la existencia ética del cristiano y para su formulación sistemática. En realidad, esos dos aspectos resultan inseparables, al menos a largo plazo. Lo importante es que la conciencia moral cristiana se forme y actualice según el modelo de Jesús, el Cristo. Posteriormente será posible tratar de articular, también sobre la categoría del seguimiento-imitación, la disciplina académica que estudia tal comportamiento y conciencia.

Habiendo dedicado ya mi atención a este tema en otras ocasiones<sup>5</sup>, este estudio se limita a ofrecer algunas pistas para una lectura

1 R. RINCÓN, *Teología Moral. Introducción a la crítica* (Madrid 1980) 105.

2 F. TILLMANN, *Handbuch der katholischen Sittenlehre. III. Die Idee der Nachfolge Christi* (Dusseldorf 1933). Cf. J.G. ZIEGLER, *La Teología Moral*, en H. Vorgrimler - R. Vander Gucht (eds.), *Le Teología en el siglo XX*, III (Madrid 1974) 282: “Cuando F. Tillmann se vio precisado a cambiar en Bonn su cátedra de Nuevo Testamento por la de teología moral, se cumple sin duda un proceso providencial (...). Según esa concepción, “la doctrina moral católica es la exposición científica de la imitación de Cristo lo mismo en la vida individual que en la comunitaria”. Sobre las limitaciones de este concepto, véase H. WEBER, *Teología moral general. Exigencias y respuestas* (Barcelona 1994) 94.

3 Cf. T. GOFFI, *Seguimiento/imitación*, en *Nuevo Diccionario de Teología Moral* (Madrid 1992) 1669-1681. Recuérdese la decidida afirmación de B. HÄRING, *La Ley de Cristo*, I (Barcelona 1973) 105: “La teología moral es para nosotros la doctrina del seguimiento de Cristo, de la vida en Cristo, por Él y con Él”.

4 Véase R. TREMBLAY, *Cristo e la morale in alcuni documenti del Magistero* (Roma 1996).

5 J.R. FLECHA, *Moral del seguimiento de Cristo en los Padres de la Iglesia*, en *Revista Agustiniiana* 44/135 (2003) 643-674; ID., *El seguimiento de Cristo en los místicos españoles*, en *Facoltà Teologica Italia Settentrionale, L'Intelletto cristiano. Studi in onore di mons. Giuseppe Colombo per l'LXXX compleanno* (Milano 2004) 211-226; ID., *El seguimiento de Cristo en el magisterio de la Iglesia*, en T. TRIGO (ed.), *Dar razón de la esperanza. Homenaje al prof. Dr. José Luis Illanes* (Pamplona 2004) 537-555; ID., *Seguimiento de Cristo y moral cristiana*, en F.J.

moral de San Bernardo (1090-1153)<sup>6</sup>. Con razón se ha dicho que, para él “quien se asemeja a Cristo en los misterios de su humanidad se configurará con el Verbo en la unión de amor”<sup>7</sup>. A partir de la obra que le dedicó Etienne Gilson, no ha dejado de crecer el interés por este gran maestro de la mística cristiana<sup>8</sup>.

### 1. CRISTO: CAMINO, VERDAD Y VIDA

El Santo abad de Clairvaux no es un moralista en sentido estricto, aunque haya pasado a la historia de la Teología Moral por la polémica que mantuvo con Abelardo sobre el papel de la conciencia personal en el discernimiento ético<sup>9</sup>. Sin embargo, supo unir las exigencias éticas con la reflexión sobre el misterio de Cristo. Su razonamiento moral brota de la contemplación de la vocación cristiana. En sus escritos la ética y la mística se encuentran, se apoyan y se reclaman incesantemente<sup>10</sup>.

Refiriéndose a San Bernardo ha dicho el papa Benedicto XVI, “la riqueza y el valor de su teología no se deben tanto al hecho de que abrió nuevos caminos, sino más bien a que logró presentar las verdades de la fe con un estilo tan claro e incisivo que fascinaba a quienes lo escuchaban y disponía el espíritu al recogimiento y a la oración. En cada uno de sus escritos se percibe el eco de una rica experiencia interior, que lograba comunicar a los demás con una sorprendente capacidad de persuasión”<sup>11</sup>.

---

ALARCOS MARTÍNEZ (ed.), *La moral cristiana como propuesta. Homenaje al profesor Eduardo López Azpitarte* (Madrid 2004) 219-244.

6 Cf. Ph. DELHAYE, *Le problème de la conscience morale chez S. Bernard étudié dans ses oeuvres et dans ses sources* (Namur 1957).

7 G. DUMEIGE, *Historia de la espiritualidad, en Nuevo Diccionario de Espiritualidad* (Madrid 1983) 624.

8 E. GILSON, *La théologie mystique de Saint Bernard* (Paris 1934); mucho más reciente, resulta importante la obra de J. SOMMERFELDT, *The Spiritual Teachings of Bernard of Clairvaux*. CS 125 (Kalamazoo, Mich.) 1991.

9 Cf. R. RAMÓN GUERRERO, *La afirmación del yo en el siglo XII: Pedro Abelardo y San Bernardo*, en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 12 (1995) 11-32.

10 Ver PÍO XI, Carta Apostólica, *Unigenitus Dei Filius* (19.3.1924) en la que recomienda la lectura de las obras de San Bernardo; Ver también Th. MERTON, *The last of the Fathers. Saint Bernard of Clairvaux and the Encyclical Letter “Doctor Mellifluus”* (New York 1954).

11 BENEDICTO XVI, Meditación a la hora del Ángelus (20.8.2006), en *L’Osservatore Romano* 38/34 (25.8.2006) 1.

Al leer los sermones de San Bernardo podemos descubrir con alegría con qué soltura y unción empleaba las categorías bíblicas de la imitación y seguimiento de Cristo para exhortar a sus monjes y a los fieles en general a la conversión y al compromiso responsable en la vida cristiana<sup>12</sup>.

Se ha dicho con razón que en el siglo XII el ascetismo se orienta sobre todo a promover la conformación de la persona cristiana con los misterios de la vida terrestre y de la humanidad del Salvador. En este descubrimiento tienen un papel protagónico San Bernardo, San Francisco y Santa Gertrudis<sup>13</sup>.

La teología moral de San Bernardo de Claraval (1091-1153) está profundamente ligada al dogma y a la espiritualidad<sup>14</sup>. Es auténticamente cristocéntrica. Su teología refleja a la vez una profunda reflexión sobre la revelación cristiana y un eco de su propia experiencia espiritual<sup>15</sup>. El buen abad exhorta con frecuencia a sus monjes tanto al seguimiento humilde como a la imitación de Cristo<sup>16</sup>.

### 1.1. *El camino de la humildad*

A lo largo de las obras de San Bernardo, la humildad del cristiano encuentra su ejemplar en Jesucristo. El es el verdadero modelo de los humildes. Imitar su humildad es el mejor camino para encontrar la honda verdad de uno mismo y para responder a la vocación a la que el cristiano ha sido llamado<sup>17</sup>. Su encarnación ha

12 Cf. J. LECLERCQ, *Introduction to Saint Bernard's sermons "De diversis"*, en *Cistercian studies quarterly* 42/1 (2007) 37-62.

13 J. de GUIBERT, *Ascèse: Le Moyen Âge*, en *Dictionnaire de Spiritualité* 1 (1935) 978.

14 R. GERARDI, *Storia della Morale. Interpretazioni teologiche dell'esperienza cristiana* (Bologna 2003) 206.

15 Cf. F. R. de PASCUAL, *Perfil biográfico*, en *Obras completas de San Bernardo*, I, (Madrid 1993, 2ª ed.) 135.

16 Sobre este tema, véase E. KLEINEIDAM, *Die Nachfolge Christi nach Bernhard von Clairvaux*, en *Amt und Sendung* (Friburgo 1950) 432-460; J. LECLERCQ, *Christusnachfolge und Sakrament in der Theologie des hl. Bernhard*, en *Archiv für Liturgiewissenschaft* 8/1 (1963) 58-72; ID., *The Imitation of Christ and the Sacraments in the Teaching of Saint Bernard*, en *CistStud* 9 (1974) 36-54.

17 El tema de la humildad como camino del cristiano en el seguimiento de Cristo retorna una y otra vez en los escritos de San Bernardo, como ha quedado subrayado por A. LE BAIL, *Bernard (Saint)*, en *Dictionnaire de Spiritualité* 1, 1476; cf. P. BLANCHARD, *Saint Bernard, docteur de l'humilité*, en *RevAscMyst* 29 (1953) 289-299.



modificado nuestra humanidad así como nuestra capacidad de imitar la suya, como ha escrito Jean-Louis Chrétien:

“Por eso mismo, todo se renueva y el lugar y la condición en que tenemos que imitar a Cristo ya no son los que eran antes de él. Cristo conservó lo que tomó de nosotros, y lo que nos devolvió es, a todas luces, diferente. Tomó de nosotros una vida al darnos la suya, y nos devolvió otra. Asumió una humanidad en la que el pecado tenía prisionero al hombre, y nos devolvió una humanidad en la que estamos, por derecho, liberados de él, donde el pecado ya no es nuestra posibilidad más propia. Y también la humildad ha cambiado. Cristo tomó de nosotros una humildad resignada para devolvernos una humildad alegre, una humildad amorosa”<sup>18</sup>.

Ya en sus primeras enseñanzas a los monjes, recogidas en una obra de su juventud, San Bernardo nos ofrece un análisis muy lúcido de los valores y actitudes de la persona, reflejados en la doble escala de la soberbia y de la humildad. El recuerdo de la autopresentación de Jesús como camino, verdad y vida (Jn 14,6) lleva a San Bernardo a describir el camino del discípulo. Según él, Jesús presenta a la humildad como el camino que conduce a la verdad. La humildad es el esfuerzo, mientras que la verdad se nos presenta como el premio al esfuerzo. Que tal camino se refiera a la humildad lo deduce el Santo de la invitación de Jesús a aprender de Él, que es manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Por lo cual interpela al lector mediante un interesante juego de preguntas y respuestas:

“Se propone como ejemplo de humildad y como modelo de mansedumbre. Si lo imitas, no andas en tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida (cf. Jn 8,12) ¿Y qué es la luz de la vida sino la verdad? La verdad ilumina a todo hombre que viene a este mundo; indica dónde está la vida verdadera. (...) Si tú dices: ‘Veo perfectamente el camino, la humildad; deseo el fruto, la verdad; mas, ¿qué haré si el esfuerzo del camino es tan pesado que no puedo llegar al premio deseado?’ El te responde: Yo soy la vida, el viático de donde sacarás energía para el camino”<sup>19</sup>.

18 J.L. CHRÉTIEN, *La humildad según san Bernardo*, en *La mirada del amor* (Salamanca 2005) 36: ed. original: *L'humilité chez Saint Bernard*, en *Communio* 10 (1985) 113-127.

19 SAN BERNARDO, *Tratado sobre los grados de humildad y soberbia*, I,1: PL 182, 941-972: *Obras completas de San Bernardo*, I, 172-175; véase también cap. 3, n. 7-12. En esta ocasión se sigue esta nueva traducción y edición bilingüe, promovida por la Conferencia Regional Española de Abades Cistercienses y publicada en ocho volúmenes entre los años 1983 y 1994. En este trabajo se citan los diversos escritos de San Bernardo sin mención de su autor, con la referencia a

La imitación del Maestro comienza a concretarse, pues, en la humildad, de la que él es el ejemplo supremo. A lo largo de sus sermones san Bernardo insiste una y otra vez en el tema de la imitación de Jesús. Todo lo que nosotros hemos de hacer, Cristo lo ha hecho ya por nosotros<sup>20</sup>.

En un sermón predicado con motivo del natalicio de San Benito, y evocando la figura de los árboles que dan fruto a su tiempo, invita el abad a los monjes a dar fruto. Recuerda que el Señor salió a sembrar su semilla y les exhorta a imitarlo, puesto que él ha venido únicamente para ser nuestro modelo y enseñarnos el camino. A continuación, el Santo se remite al himno cristológico de Flp 2,5-7 para recordar a sus monjes la necesidad de imitar el abatimiento y humildad de Cristo: “Queridos hermanos, anonadaos también vosotros, humillaos, enterraos y despreciaos (...) Despreciad vuestras propias vidas, y las conservaréis para una vida sin término”<sup>21</sup>.

La humildad no es, por tanto, una virtud moral entre otras: es el resumen de toda la vida cristiana; es la clave de la identificación con el Señor que se ha humillado hasta el extremo<sup>22</sup>. La clave cristológica no puede ser olvidada.

Si bien se mira, para San Bernardo, la humildad y la humillación se relacionan entre sí como el efecto con la causa. Pero la humildad, a su vez, parece ser la causa de la identificación con Cristo. En uno de sus sermones para el tiempo de Adviento, siguiendo a San Pablo, afirma el Santo que el Salvador reformará nuestro cuerpo humillado para conformarlo a su cuerpo glorioso, pero añade que esa conformación con Cristo sólo será posible si antes ha sido reformado el corazón y se ha conformado a la humildad del corazón de Cristo.

---

esta edición de las *Obras*, seguida del número del volumen –en números romanos– y el de las páginas. Aunque esta edición sigue el texto crítico, editado por Leclercq-Rochais en Ediciones Cistercienses (Roma 1957-1977), a veces se añade la referencia a la edición latina de la patrología de Migne.

20 M. CASEY, *Cistercian Spirituality*, en M. Downey (ed.), *The New Dictionary of Catholic Spirituality* (Collegeville, Minnesota 1993) 178.

21 *Sermón en el natalicio de San Benito, abad*, 8 y 9: PL 183, 375: *Obras* III. 634-635.

22 La humillación del Señor se manifiesta en la encarnación y en el sometimiento a José y a María: cf. serm. *En alabanza de la Virgen María*, I,8: *Obras* II, 610-611: “Se humilla Dios, ¿y te enorgulleces tú? (...) Si tú, un pobre hombre, no te avienes a seguir el ejemplo de otro hombre, al menos no te parecerá indigno seguir el de tu Creador. Si no puedes seguirle adondequiera que vaya, síguele al menos donde él quiso descender por ti”.

“Por eso va pregonando: *Aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón* (Mt 11,29). Fíjate en esta expresión, porque hay una doble humildad. Humildad de conocimiento y humildad de afección, llamada aquí de corazón. Por la primera, reconocemos que no somos nada; la vamos aprendiendo en la experiencia de nuestras propias debilidades. Por la segunda pisoteamos la gloria del mundo; la aprendemos de aquel que se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo; solicitado como rey, huyó; y, buscado para aguantar tanto hasta el ignominioso suplicio de la cruz, se entregó espontáneamente. Por tanto, si deseamos dormir entre los dos tesoros, es decir, los dos advientos, sean nuestras plumas de plata (cf. Sal 67,14) para que asumamos aquella forma de las virtudes que con su palabra y su ejemplo nos recomendó Cristo cuando estaba presente carnalmente. Por la plata, en efecto, se entiende con razón su humanidad y por el oro, su divinidad”<sup>23</sup>.

Es preciso subrayar estas últimas expresiones del sermón, en las que se encuentra la referencia más explícita a una imitación de Jesucristo que, afectando al *ser* del cristiano, orienta su *actuar* e incluye, por tanto, consecuencias morales. Durante su vida mortal, por medio de sus palabras y ejemplos, Jesús nos encomendó imitar sus virtudes. De esta forma, gracias a la imitación de su humanidad esperamos poder conformarnos a su divinidad.

### 1.2. *Ascensos y descensos*

La exhortación a la humildad encuentra mil imágenes en la predicación del abad de Clairvaux. Entre los sermones varios o diversos, auténticos unos y atribuidos otros, se encuentra uno sobre el ascenso y descenso de Cristo y nuestro propio ascenso y descenso. En él se encuentra la exhortación a alimentar nuestra vida con el misterio de Cristo, pues quien dice permanecer en Cristo, debe andar como él anduvo (cf. Jn 2,6). Es interesante la afirmación de que hemos de imitar a Cristo en sus “descensos” por el camino de la humildad. El primer paso o escalón consiste en no querer dominar. El segundo grado es querer someternos. Y el tercero, padecer con ecuanimidad cualquier desprecio o injuria que se nos haga. Del primer paso careció Lucifer, del segundo los primeros padres y del tercero, quienes creen durante un tiempo pero abandonan la fe en la hora de la tentación. Advierte el Santo que eso lo dice para que se sepa a quién debemos imitar. El diablo quiso ascender al poder y el

<sup>23</sup> Serm. *En el Adviento del Señor*, 4,4: PL 183 48: *Obras III*, 90-91 (la trad. ha sido levemente retocada).

hombre a la ciencia y ambos a la soberbia. El camino de Cristo es precisamente el de la humildad<sup>24</sup>.

San Bernardo recurre con frecuencia a las imágenes del ascenso y el descenso. Advierte él que, con lo difícil que es ascender y lo fácil que es descender, en la vida social los hombres prefieren subir antes que bajar. Siempre están dispuestos a recibir honores para situarse por encima de los demás. Ante esa constatación, que él observa también entre los eclesiásticos, exclama el Santo: “¡Qué pocos son los que te siguen, Señor Jesús, los que se dejan atraer por ti, los que se dejan guiar por la senda de tus mandatos!”. No contento con esta observación que él ha convertido en oración, esboza una tipología del seguimiento: “Algunos se dejan seducir y exclaman: *llévame contigo* (Cant 1,3). Otros se dejan guiar y dicen: *me introdujo el Rey en su alcoba* (Cant 1,3). Otros son arrebatados como lo fue el Apóstol al tercer cielo”. A cada uno de estos pasos –seducción, guía y arrebató– corresponde un grado ascendente de felicidad. Ante la admiración que le suscita el tercer grupo, el de los que se dejan arrebatar por el Señor, San Bernardo concluye con una plegaria que, iniciada con una bienaventuranza, resume el sentido cristológico de la vida cristiana al tiempo que subraya que el seguimiento de Cristo sólo es posible cuando el creyente es ayudado por su gracia:

“¡Dichoso quien te sigue siempre a ti, Señor Jesús, y no a ese espíritu fugitivo que quiso subir y sintió sobre sí el peso infinito de la mano divina! Nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu rebaño, queremos seguirte a ti, con tu ayuda, para llegar hasta ti. Porque tú eres el camino, la verdad y la vida. Camino con el ejemplo, verdad en las promesas y vida en el premio. Tienes palabras de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Dios bendito por siempre”<sup>25</sup>.

Así pues, si el cristiano ha de procurar imitar a Cristo en sus “descensos”, también ha de seguirle en sus “ascensiones”. Tras recordar los diversos montes a los que sube Jesús a lo largo de su vida, el Santo exhorta a sus oyentes diciendo: “Sigue también al que sube a la cruz, y es levantado de la tierra. Estarás por encima de ti mismo y de todas las teorías del mundo; mirarás de lejos y despreciarás todo lo terreno”<sup>26</sup>. Precisamente por eso, en la fiesta de la

24 *Sermón* 60,3 y 4: PL 183, 685: *Obras* VI, 366-369.

25 *Serm. En la Ascensión del Señor*, 2,6: *Obras* IV, 144-147.

26 *Serm. En la Ascensión del Señor*, 4,13: *Obras* IV, 173; cf. M. COUNE, *Les différents ascensions ou 4<sup>ème</sup> homélie pour la fête de l'Ascension* (Brujas 1975).

Ascensión del Señor, invita a sus hermanos a acompañar siempre al Cordero: cuando sufre, cuando resucita y más aún cuando asciende a los cielos<sup>27</sup>.

### 1.3. La lección de los misterios de Cristo

Hemos aludido al misterio de la Ascensión del Señor. Pero no es éste el único que le interesa subrayar. Todos los misterios de la vida del Señor atraen la atención de San Bernardo y son propuestos por él como modelos de imitación. Bastaría evocar aquí, a modo de ejemplo, el directorio espiritual sobre la peregrinación a los Santos Lugares, que dedica a los Caballeros Templarios. La exhortación a una milicia que no excluye el uso de las armas contra los enemigos de la fe puede resultar hoy un tanto escandalosa. Hay frases en este librito que hoy no parecen apropiadas en el diálogo interreligioso. Con todo, después de justificar la guerra santa contra los infieles, incluye el Santo un recorrido por los lugares de la Tierra Santa, en los que va descubriendo la figura de Jesús que han de saber imitar los soldados de la fe. La segunda parte del libro constituye una verdadera meditación sobre los misterios de la humanidad de Jesucristo. Así, evocando el Calvario, escribe: “La vida de Cristo es para mí una exigencia y su muerte una liberación de la muerte. Su vida me enseñó a vivir; su muerte destruyó la mía. Su vida fue penosa y su muerte no menos valiosa: las dos fueron necesarias: porque ni la muerte de Cristo le sirve de nada al que vive mal, ni su vida al que muere indignamente”<sup>28</sup>.

En su obra sobre el amor a Dios (*Liber de diligendo Deo*, a. 1126), subraya el Santo que el camino del retorno a Dios pasa por la meditación de los misterios de la humanidad<sup>29</sup> de Jesús y en general por la imitación de Cristo. Para él, “los verdaderos creyentes saben por experiencia cuán vinculados están con Jesús, sobre todo con Jesús crucificado”. Partiendo de un verso del Cantar de los Cantares (2,5), comenta él que las flores y los frutos que anhela la esposa

27 Serm. *En la Ascensión del Señor*, 6, 3: *Obras IV*, 178-179. A este tema concreto dedicó ya su atención J. LECLERQ, *Le mystère de l'Ascension dans les sermons de Saint Bernard*, en *Colect. O.C.R.* 15 (1953) 81-88.

28 *Libro sobre las glorias de la nueva milicia. A los caballeros templarios*: PL 182, 921-940: *Obras I*, 524-525.

29 Véase, a este propósito, A. GÓMEZ DE LAS BÁRCENAS, *Devoción a la sagrada humanidad de Cristo en la Orden Cisterciense*, en *Cistertium* 16 (1964) 151-162; 203-213.

son precisamente los ejemplos que Jesús nos ha dado en su pasión. Explícitamente dice que el que recuerda la muerte de Jesús y, siguiendo su ejemplo, mortifica los miembros de su cuerpo, tiene la vida eterna<sup>30</sup>.

Pero es sobre todo en sus sermones donde se expone con más frecuencia el tema de la imitación de Dios, por medio de Jesucristo, que se hace presente en los diversos misterios de su vida y de su muerte<sup>31</sup>. Tanto en la fiesta de la Natividad<sup>32</sup> como en la de la circuncisión de Jesús, San Bernardo invita a su comunidad a imitar a Jesucristo, sobre todo en la virtud de la humildad. Para justificar tal exhortación añade una de las contraposiciones tan características de su estilo oratorio: “En su edad madura, el Salvador nos dejó admirables ejemplos de paciencia, de humildad, de las demás virtudes y, sobre todo, de amor. Pero en su infancia todo lo hacía por medio de símbolos”<sup>33</sup>.

Así pues, la celebración de la circuncisión de Jesús invita al creyente a imitar su humildad y su obediencia. En ese misterio, en efecto, se evidencia ya la humildad de quien un día habría de morir por nosotros (n.4). Estando así las cosas, el siervo no puede desdeñar imitar a su amo, ya que no es el siervo mayor que su dueño (n.7)<sup>34</sup>.

## 2. LA IMITACIÓN Y EL SEGUIMIENTO

Siendo muy importante este tema a lo largo de sus escritos, San Bernardo no habla solamente de la imitación de Cristo. Exhorta a sus monjes también a imitar a Dios que, aun siendo idéntico a sí mismo e infinitamente perfecto e independiente, siente una gran bondad hacia los hombres y los ama. Esa consideración del ser mismo de

30 Cf. *Libro sobre el amor de Dios*, III, 7-10 y IV, 11: PL 182, 973-1000: *Obras I*, 308-315 y 316-317.

31 Cf. J. M. DE LA TORRE, *El misterio de Cristo Salvador en los sermones litúrgicos de San Bernardo*, en *Obras completas de San Bernardo*, III (Madrid 1985) 42: “La imitación de Dios es uno de los temas frecuentes en los sermones litúrgicos de Bernardo; imitación que sólo es posible en y por Jesucristo”; cf. J. LECLERCQ, *Imitation du Christ et sacrements chez St. Bernard*, en *Colect. Cist.* 38 (1976) 263-282.

32 Serm. *En la Natividad del Señor*, 1,1; *Obras III*, 200-201: “¿Encontraréis, hermanos, algún sentido o alguna ventaja en tal actitud para anonadarse, humillarse, reducirse de este modo el Señor de la gloria, si no es para trazaros el mismo camino?”.

33 Serm. *En la circuncisión del Señor*, 3, 1: PL 183, 137: *Obras III*, 259.

Dios motiva una consideración de orden moral, de forma que lleva al Santo a exclamar: “Imitémosle estando unificados por la integridad de la virtud, y unidos al prójimo con los vínculos del amor”<sup>35</sup>.

De todas formas, el Santo Abad de Clairvaux vuelve constantemente sus ojos a Cristo para afirmar que nuestra perfección consiste en ser como él<sup>36</sup>.

Como se puede observar en todos sus escritos, la imitación de Jesús nos lleva al seguimiento. Ahora bien, la imitación de Cristo ha de situarse necesariamente en el ámbito de la fe. Con frase lapidaria ha escrito San Bernardo que la muerte de la fe es la exclusión del amor (*mors fidei est separatio caritatis*). Así que la fe exige la imitación:

“¿Crees en Cristo? Haz las obras de Cristo para que tu fe sea viva: que el amor sea el alma de la fe, y las obras su prueba. No encorve la obra terrena a quien erige la fe. Si aseguras que permaneces en Cristo, debes caminar tú también como él caminó. Porque si buscas tu propia gloria, envidias al rico, difamas al ausente, ofendes al ofensor: eso no lo hizo Cristo. Confíesas que conoces a Dios, pero le niegas con las obras”<sup>37</sup>.

La fe exige fidelidad en el amor. El amor a Jesucristo caracteriza en profundidad la espiritualidad de San Bernardo. “El amor a Jesús fue ciertamente el alma de todas sus acciones y de todas sus empresas: fue el vigoroso resorte que impulsó su voluntad y su corazón hacia las más elevadas cimas de la santidad y perfección religiosa y les comunicó bríos con que vencer todas las dificultades y triunfar de todos los obstáculos que se le atravesaron en la senda de la glorificación divina y salvación de las almas”<sup>38</sup>.

34 Véase cómo este tema bernardiano puede ser entendido a la luz de la filosofía de hoy, en Ch. DUMONT- J.M. DE LA TORRE, *Una lectura de San Bernardo hoy*, en *Obras completas de San Bernardo*, I, 87-89.

35 Serm. *En la Asunción de Santa María*, 5, 12: *Obras IV*, 388-389.

36 Serm. *En el martirio de San Clemente*, 5: *Obras IV*, 652: “Nam et Christum triplicem nobis apponit aquam, et perfectus omnis qui fuerit in nobis sicut ipse...”

37 Serm. *Sobre el Cantar de los Cantares*, 24,8: *Obras V*, 352-353.

38 J. PONS, S.J. *San Bernardo, abad de Claraval y Doctor de la Iglesia*, en *Obras completas del doctor melifluo San Bernardo, Abad de Claraval*, I, (Barcelona, 1942) LXXXIV. El autor incluye la bibliografía sobre la vida y la obra de San Bernardo.

### 2.1. Seguimiento de Cristo e imagen de Dios

Con todo, no es fácil establecer una definición de la imitación o del seguimiento. En sus sermones sobre *el Cantar de los Cantares*, San Bernardo afirma una y otra vez que la meditación de los misterios de la vida de Cristo es el medio necesario para dirigirse a Dios. Contemplar la imagen sagrada del Hombre Dios impulsa el corazón al amor de las virtudes y a la purificación de los vicios<sup>39</sup>. Esa es la causa por la que Dios, siendo invisible, se ha hecho visible en carne humana. De esa forma habría de ser más fácil dejarlo todo y seguirle por el amor de su presencia corporal. Pero Él habría de ir conduciendo a sus seguidores hacia un amor más espiritual<sup>40</sup>.

Precisamente en el sermón siguiente, y comentando las palabras del Cantar “Atráeme en pos de ti” (Cant 1,2), ofrece San Bernardo una especie de definición del seguimiento de Cristo. Es como si la esposa dijera al Esposo “que le permita seguir las huellas de su vida, para emular sus virtudes, guardar las normas de su conducta y abrazar la perfección de su forma de vida. En todo esto necesita sobremanera una fuerza que le permita renunciar a sí misma, tomar su cruz y seguir a Cristo”. El seguimiento, por tanto, implica la asunción de la forma de vida de la persona a la que se sigue, lo cual determina la aceptación de sus normas y la aparición y cultivo de algunas actitudes y virtudes.

Sin embargo, tal seguimiento no es fácil. De hecho, son muchos los que quieren gozar del Señor, mas no todos quieren imitarle; quieren reinar con él sin sufrir con él; no se esfuerzan por buscar al que desean encontrar; desean conseguirlo, no seguirlo<sup>41</sup>. Nos encontramos aquí con una de las páginas más hermosas y profundas que San Bernardo ha dejado escritos sobre el seguimiento de Cristo. En

39 Cf. E. KERN, *Das Tugendsystem des hl. Bernhard von Clairvaux* (Freiburg 1934). Como se sabe, las *Sentencias* de San Bernardo son ricas en alusiones a las virtudes, especialmente la obediencia, la castidad y la pobreza, aunque no deja de subrayar que para alcanzar la experiencia espiritual son necesarios los dones recibidos de Dios: J. LECLERCQ, *Introduzione alle Sentenze*, en F. GASTALDELLI (ed.), *Opere di San Bernardo*, II. *Sentenze e Altri testi* (Milano 1990) 259.

40 Serm. *Sobre el Cantar de los Cantares*, 20,6: PL 183, 869: *Obras V*, 284-285.

41 Serm. *Sobre el Cantar de los Cantares*, 21,2: *Obras V*, 292-293: “Volunt omnes te frui, at non ita et imitari: conregnare cupiunt, sed non compati (...) Non curant quaerere, quem tamen desiderant invenire, cupientes consequi, sed non sequi”. Juegos de palabras como éstos han sido estudiados por J. M. DE LA TORRE, *Experiencia cristiana y expresión estética en los Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, en *Obras completas de San Bernardo*, V (Madrid 1987) 3-75, esp. 54-63.



ella se recuerda cómo los discípulos siguieron al Señor con sus pasos y con su corazón, se presenta el seguimiento como la vocación del creyente y se anotan las falsas ilusiones a las que da origen. Por otra parte, se subraya la necesidad de contar con la gracia que ha de atraer y ayudar a la persona para que pueda llegar a recorrer los caminos del Señor y ser enderezada por “la senda de las virtudes”, descubrir la calzada de la prudencia y recibir la “ley de la vida y de la bondad”.

Refiriéndose a sí mismo, el Santo Abad dirá más adelante, en otra página bellísima, que la meditación de los pasos humanos de Cristo no se aparta jamás de su mente. En la meditación de esas cosas consiste la verdadera sabiduría, la justicia, la plenitud de la ciencia, la riqueza de la salud y la abundancia de los méritos:

“Todo esto me reconcilia ante el Juez del mundo. Al que temen las potestades me lo presentan manso y humilde; al inaccesible para los principados y terrible para los reyes de la tierra, lo encuentro fácil de aplacar e incluso imitable”<sup>42</sup>.

Recuerda San Bernardo que Cristo ha vivido santamente entre los pecadores, con lo cual nos ha trazado una norma de vida, allanándonos el camino que los creyentes debemos seguir para volver a la verdadera patria. Apelando una vez más a las referencias al Cantar de los Cantares, se pregunta a continuación cómo no seguir la fragancia de los ungüentos de ese Esposo. Su discurso parece reproducir las quejas de Dios contra su pueblo que se encuentran en los profetas:

“¿Qué más debía haber hecho contigo que no lo hiciera? Iluminó al ciego, soltó al preso, atrajo al equivocado, reconcilió al reo. ¿Quién no correrá con ardor y alegría tras Aquel que libera del error, encubre el engaño, entrega los méritos de su vida y adquiere premios con su muerte? ¿Qué excusa podrá alegar quien no corra tras el olor de estos perfumes, a menos que no haya llegado hasta él ese olor?”<sup>43</sup>.

Haciendo suya la antigua distinción patristica entre la imagen y la semejanza de Dios, tan querida para la espiritualidad cister-

42 Serm. *Sobre el Cantar de los Cantares*, 43, 4: PL 183, 994: *Obras V*, 584-585.

43 Serm. *Sobre el Cantar de los Cantares*, 22,8: PL 183, 882: *Obras V*, 312-313; véase la hermosa oración que a continuación el Santo dirige a Jesucristo: “Todos hemos corrido detrás de ti, Señor Jesús, por la mansedumbre que descuella en ti, al oír que no desprecias al pobre ni te horroriza el pecador...”.

ciense<sup>44</sup>, explica San Bernardo que en esta vida no sólo nos resulta imposible encontrar en nosotros la semejanza divina, sino que también la imagen se encuentra deformada. En el mismo contexto de los sermones sobre el Cantar de los Cantares, vuelve él con frecuencia al tema de la imagen de Dios que se refleja en el alma humana, creada “según la imagen del Verbo”. Es interesante comprobar cómo se esfuerza en explicar este tema, buscando el sentido moral del mismo, que sus oyentes venían echando de menos en anteriores sermones. De ahí su conclusión: “Pues lo que es según la imagen debe ajustarse a la imagen y no llamarse en vano imagen, como tampoco la imagen se llama así sólo por su nombre, sino por su contenido. Pero del que es la imagen se ha dicho: *Subsistiendo en la forma o naturaleza de Dios, no consideró como rapiña el ser igual a Dios*” (Flp 2,6)<sup>45</sup>.

La configuración del ser humano a imagen de Dios es, por tanto, otra forma de presentar la posibilidad y la necesidad de imitar a Dios y seguir a Jesucristo. Con motivo de la celebración de la Epifanía y a propósito de los dones ofrecidos por los Magos a Jesús, comenta San Bernardo que “en esta vida nos conviene asemejarnos a la imagen de su humanidad, si es que queremos ser transformados a imagen de su divinidad, según la cual fuimos creados”<sup>46</sup>.

Ahora bien, la recuperación de la imagen de Dios, siendo un don de su gracia, requiere el esfuerzo de la voluntad libre del ser humano para conseguir la semejanza con Dios. Ambas han podido ser restauradas, gracias a Cristo que, venido del cielo como modelo, no es otro que la Sabiduría eterna de Dios. Es preciso que el libre albedrío, superando el pecado, pueda recobrar su antigua dignidad: “¡El hombre se reviste de la imagen divina que lleva en sí mismo, con la semejanza que le conviene, y vuelve a recobrar su hermosura original”. Así llegará el creyente a ser imitador de la Sabiduría divina, en la medida en que resista con firmeza a los vicios y repose

44 Cf. J. M. DE LA TORRE, *El carisma cisterciense y bernardiano*, en *Obras completas de San Bernardo*, I, 28-30; el autor estudia cuidadosamente la simbología de los números con los que se expresa tanto la condición humana como la redención efectuada por Cristo y el acceso de la humanidad a la divinidad.

45 Serm. *Sobre el Cantar de los Cantares*, 80,2: *Obras V*, 990-991; cf. G.S. TWONEY, *St. Bernard's Doctrine of the Human Person as the Image and Likeness of God in Sermons 80-83 on the Song of Songs*, en *CistStud* 17 (1982) 141-149.

46 Serm. *En la Epifanía del Señor*, 4,6: *Obras III*, 308-309. Sobre este tema, es totalmente necesario tener en cuenta el excelente estudio sobre la antropología de San Bernardo, de M. BALLANO, *A su imagen y semejanza*, en *Obras completas de San Bernardo II* (Madrid 1994) 3-46.

suavemente en su conciencia. Es cierto que la recuperación de la iconalidad divina no le es posible al ser humano sin la ayuda del mismo Dios y sin el ejemplo del que nos guía por el camino: “Mas, para alcanzar esto necesitamos la ayuda del que nos estimula con su ejemplo. A fin de hacernos conformes a su imagen es preciso que nos vayamos transformando en su imagen, de gloria en gloria, movidos por el Espíritu del Señor”<sup>47</sup>.

### 2.1. Ambigüedad del seguimiento

Con todo, no cualquier forma de seguimiento es la que el Señor espera del discípulo. En un breve esquema de sermón San Bernardo analiza más explícitamente el seguimiento de Cristo para establecer un discernimiento entre las formas falsas y las que verdaderamente lo configuran. Partiendo del texto evangélico “El que me sirve, me siga” (Mt 7,12), el santo considera cuatro tipos de creyentes, cuyas actitudes encuentra sugeridas en otros tantos pasajes bíblicos:

“Algunos, en vez de seguir a Cristo, huyen de Él. Otros, en lugar de seguirle, le preceden; otros le siguen pero no le alcanzan; y otros, finalmente, le siguen y le alcanzan”.

La tipología presentada, de carácter antropológico-moral, nos hace pensar en la capacidad de observación del Abad. Los primeros “seguidores” mencionados son los que no renuncian al pecado. Los que preceden al Señor son aquellos que prefieren mantener su propio parecer antes que aceptar el de sus maestros. Al tercer grupo pertenecen los que arrastran una vida tibia y también los que, habiéndose apartado del camino recto, no perseveran hasta el fin. Por último, los verdaderos seguidores son los que con perseverancia y con devoto afecto del espíritu imitan el camino de humildad que el Señor eligió y siguió durante su vida. El fruto de esa imitación es la mansión en la eterna bienaventuranza, como se desprende de las mismas palabras de Jesús: “Donde yo estoy estará también mi servidor” (Jn 12,26). En consecuencia, el fruto de la imitación del Señor es precisamente llegar a vivir en la felicidad eterna. Tanto la descrip-

<sup>47</sup> *De la gracia y del libre albedrío*, X, 34 y 35: PL 182, 1018: *Obras I*, 468-471: “Verum cuius ad talia provocamur exemplo, indigemus et adiutorio, quo ipsi videlicet per ipsam [Sapientiam] conformemur, atque in eandem imaginem transformemur a claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu”: o.c. 470; cf. R. JAVELET, *La réintroduction de la liberté dans les notions d'image et de ressemblance conçues comme dynamisme*. en *MiscMedievalia* (Berlin 1972) 1-34.

ción de las actitudes como la mención del fruto prometido se insertan fácilmente en el marco de una exhortación espiritual y moral al mismo tiempo<sup>48</sup>.

Precisamente el sermón que sigue a éste ofrece un profundo comentario a una de las invitaciones al seguimiento que Jesús dirige a sus discípulos (Mt 16,24). La pérdida del triple gozo del que estaba dotado el ser humano antes del pecado puede ser restablecida por la asunción de las actitudes que Jesús propone a sus discípulos:

“El que quiera venir en pos de mí, por mí, y hasta mí. En pos de mí, porque soy la verdad; por mí, porque soy el camino; hasta mí, porque soy la vida. *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*. Tres cosas propuso Cristo, fuerza y sabiduría de Dios, *Ángel del gran consejo*, al alma racional, hecha a imagen de la Trinidad; espíritu de servicio (*servitatem*), desprecio de sí (*vilitatem*) y sobriedad (*asperitatem*). En la negación de sí mismo se indica el espíritu de servicio; el propio desprecio en el hecho de llevar la cruz, y la sobriedad en la imitación de Cristo. De este modo quien perdió por la desobediencia el triple gozo que poseía, vuelva a levantarse por la obediencia, humillado con la aflicción de otra triple miseria. Había caído de su propia dignidad, de la compañía de los ángeles y de la visión de Dios; o en otras palabras, había perdido la libertad, la dignidad y la felicidad. Escuche, pues, este consejo: niéguese a sí mismo, o a su voluntad propia, y recuperará la libertad; cargue con su cruz, crucificando su carne con sus vicios y concupiscencias por la continencia, y volverá a disfrutar de la compañía de los ángeles; y siga a Cristo, imitando su pasión, y gozará de la visión de su gloria, porque si sufrimos con él reinaremos con él (Rom 8,17)”<sup>49</sup>.

Este texto inolvidable es una página preciosa e inevitable para un estudio de la antropología teológica cristiana. Según ella, el seguimiento e imitación de Cristo constituye la culminación de un proceso de restauración de la dignidad humana, perdida por el pecado. Mediante la asunción de algunas actitudes ascético-morales, este proceso conduce a la participación del destino y de la suerte del Señor. Ahora bien, esas actitudes son resumidas en algunas sentencias que evocan evidentemente el misterio de la Encarnación y la Natividad del Hijo de Dios:

“El que imita a Cristo debe hacer tres cosas: conservar el sentido de una inocencia sencilla, para volverse niño con Cristo; amar

48 *Sermón* 62: PL 183, 685: *Obras* VI, 370-373.

49 *Sermón* 6: PL 183, 686: *Obras* VI, 372-373.

el hábito humilde y tosco, para envolverse con los viles pañales de Cristo; caminar con simplicidad dentro de la disciplina, para hallarse recostado sobre el pesebre con Cristo”<sup>50</sup>.

En otro de los sermones para el tiempo de Adviento, que califica como oportunidad de las almas, no de los cuerpos, afirma el Santo que “si queremos ser miembros de Cristo, debemos seguir sin titubeos a nuestra Cabeza”. En consecuencia, si el Señor vino a salvar al ser humano, y en primer lugar a su alma, es preciso que el cristiano se preocupe por encima de todo de su propia alma. Si bien es cierto que el lenguaje responde a la concepción antropológica de su tiempo, no se puede ignorar la importancia de esa actitud que supone el abandono del pecado. Como intuyendo nuestros celos ante un dualismo exagerado, añade inmediatamente el Santo que al “quitar el pecado del mundo”, el Señor lo quitaba “de la mano, del ojo, del cuello; en una palabra, del cuerpo entero, en el que estaba profundamente enraizado”. El sermón parte, pues, del seguimiento para esbozar los trazos de una meditación sobre la redención de nuestro cuerpo<sup>51</sup>.

Ni que decir tiene que, para el Santo, el verdadero seguimiento de Cristo se distingue por algunas actitudes características como la humildad y la discreción<sup>52</sup>. Según él, no puede engañarse el creyente, pensando que está siguiendo al Señor, si no acepta con sinceridad su mismo estilo de vida: “Si queremos seguir al que rehuyó el trono real y acudió libremente a la pasión, debemos alejarnos de la prosperidad y abrazarnos a la adversidad”<sup>53</sup>.

Por último, se presenta la tentación y el engaño de los estudiosos. A uno de ellos advierte el Santo que la lectura de los profetas conduce necesariamente a Cristo. Ahora bien, quien desee captarlo de verdad ha de saber que lo conseguirá mucho antes siguiéndolo que leyendo<sup>54</sup>.

50 *Segunda serie de sentencias*, 61: *Obras VIII*, 80-81.

51 Serm. *En el Adviento del Señor*, 6,1: *Obras III*, 98-99.

52 Cf. Serm. *En la Natividad del Señor*, 3, 2: *Obras III*, 220-221: “Tu, pues, que sigues a Cristo, esconde el tesoro encontrado. Gusta de ser desconocido. Que te alabe el extraño, pero nunca tu boca”.

53 Serm. 41,10: *Obras VI*, 308-309.

54 Carta 106 al maestro Enrique Murdach, 1: *Obras VII*, 390-391: “Nam si intelligis, sentis utique sensum propheticae lectionis esse Christum. Quem videri licet si apprehendere cupis, citius illum sequendo quam legendo consequi potes”.

### 3. DE LA CELEBRACIÓN A LA VIDA

Ya queda indicada la importancia que la celebración de los misterios de la vida de Jesús adquiere en la reflexión cristológico-antropológica y moral de San Bernardo. Sin embargo, es preciso insistir brevemente en esa conexión entre la celebración litúrgica y su exhortación ascético moral.

#### 3.1. *Del nacimiento a la muerte de Cristo*

En un sermón predicado en la fiesta de la Natividad del Señor recuerda San Bernardo que Dios había manifestado su *potencia* en la creación de las cosas y su *sabiduría* al gobernarlas, pero la benignidad de su *misericordia* se reveló de forma definitiva cuando se hizo hombre. Su poder se había manifestado ya a los judíos por medio de signos y prodigios. La majestad de su gloria era también accesible a los filósofos. Ahora bien, a los judíos les agobiaba aquel poder de Dios y a los filósofos les oprimía su gloria. Esa evocación histórica suscita en él una reflexión y una plegaria: “El poder reclama sometimiento, la majestad, admiración, pero ni uno ni otra invitan a la imitación. Que se manifieste, Señor, la bondad y que pueda el hombre adaptarse a ella, pues lo creaste a tu imagen. Nunca podremos imitar la majestad, el poder o la sabiduría, ni nos conviene conseguirlas”<sup>55</sup>.

La misma profundidad y unción se encuentra en un sermón pronunciado el Miércoles Santo, rico por sus referencias antropológicas y cristológicas. Dice el Santo que Cristo se sumergió en la miseria humana para que el diablo no lo pudiera reconocer ni atisbara este misterio de amor. Por otra parte, Cristo se ocultó a la mayor parte de las gentes para poder disculpar la ignorancia de los que lo condenaban. Se ocultó asumiendo plenamente las dos partes de la herencia que nos legó Adán: el trabajo de la acción y el dolor de la pasión. Esas prendas determinan toda su vida:

“Su vida fue una actividad dolorosa, y su muerte una pasión llena de energía, para realizar la salvación del mundo. Mientras viva tendré muy presentes sus esfuerzos en la predicación, sus cansancios en las caminatas, sus tentaciones en los ayunos, sus vigili­as en la oración, y sus lágrimas en la con­miseración.

55 Serm. *En el día de Navidad*, 1,2: PL 183,116: o.c. 271. *Obras III*, 200-203.

Recordaré también sus dolores, afrentas, salivazos, bofetadas, burlas, desprecios, clavos y todo cuanto cayó sobre él y tuvo que aguantar. Esto me da fuerzas y me acerca a él; pero debo imitarle y seguir su camino. En caso contrario, se me pedirá cuentas también a mí de la sangre inocente derramada sobre la tierra y seré cómplice de ese crimen tan terrible de los judíos: he sido ingrato a un amor infinito, he despreciado la gracia del espíritu, he juzgado impura la sangre de la alianza, y he pisoteado al Hijo de Dios<sup>56</sup>.

Tras esta hermosa interpelación, construida empleando la figura retórica de la enálage, por la que el orador se pone en lugar de sus oyentes, San Bernardo advierte que, a pesar de lo dicho, no basta solamente con contemplar y asumir las fatigas y padecimientos de Jesús. En efecto, son muchos los que velan y pasan trabajos y dolores, y, sin embargo, no son conformes a la imagen del Hijo de Dios. También velan los ladrones y sufren los pecadores. Lo que ofrece una especificidad cristiana al sufrimiento no es el sufrimiento mismo, sino el seguimiento de Cristo que le otorga su último significado:

“Los hombres de buena voluntad, que por una motivación cristiana pasan de las riquezas a la pobreza, o las desprecian aunque nos las posean, y lo abandonan todo por él, como él lo dejó todo por ellos, éstos sí le siguen de verdad. Esta forma de imitación es para mí un argumento muy válido del Salvador y la semejanza de su humanidad redundante en mi propio provecho. Éste es el sabor y el fruto del trabajo y del dolor<sup>57</sup>.”

San Bernardo exhorta a meditar sin cesar el misterio de Cristo crucificado: “Abrazémosle con los dos brazos del amor, y sigamos sus pisadas empeñados en una vida santa. Este es el camino por donde él mismo se nos dará a conocer como salvación de Dios. Entonces ya no lo veremos desfigurado y sin belleza, sino tan radiante de gloria que su majestad llenará toda la tierra<sup>58</sup>.”

Por tanto, sigue en verdad al Señor quien lo sigue hasta la cruz. Esa radicalidad puede resultar difícil a muchos cristianos que olvidan el poder de la gracia divina que los asiste y alienta. En un sermón en la celebración de la dedicación de una iglesia, San Bernardo comenta cada uno de los ritos de la ceremonia. Entre ellos, sobresale el de la unción. Según su interpretación ascética, la unción del altar viene a suavizar con la eficacia de la devoción el rigor de la

56 Serm. *En el Miércoles Santo*, 11: PL 183, 269: *Obras IV*, 52-53.

57 Cf. o. c. 12: *Obras IV*, 54-55.

58 Serm. *En el primer domingo de noviembre*, 1, 2: *Obras IV*, 468-469.

vida penitente. Esa dialéctica se aplica al seguimiento de Cristo: “Seguir a Cristo supone abrazarse a la cruz, y si falta la unción se hace insoportable la cruz. Muchos se horrorizan y rehuyen la penitencia, porque ven la cruz y no la unción”<sup>59</sup>.

En toda la vida de Cristo, y especialmente en los misterios de su pasión y muerte, percibe y “admira” San Bernardo el ideal del ser humano y la riqueza de los valores y virtudes que humanizan su existencia<sup>60</sup>.

Ahora bien, el Santo no se olvida de subrayar que ni siquiera la cruz del Señor salva por sí misma, si no se asume con las actitudes propias del Señor. A sus frecuentes bienaventuranzas corresponden unas malaventuranzas tremendas: “¡Desgraciados los que llevan la cruz, no como llevó el Salvador la suya, sino como el cireneo aquel la ajena! (...) ¡Desgraciados una y mil veces los que llevan la cruz de Cristo y no siguen a Cristo, porque participan efectivamente de sus sufrimientos, pero se resisten a imitar su humildad!”. Los soberbios que así obran “sufren con Cristo, pero no reinan con Cristo. Siguen a Cristo en su pobreza, pero no lo acompañarán en la gloria”<sup>61</sup>.

### 3.2. *El modelo de los santos*

El tema de la imitación y seguimiento de Cristo aparece también en las reflexiones del Santo Abad con motivo de otras celebraciones dedicadas a la memoria de los santos.

Así, por ejemplo, en un sermón para la fiesta de Todos los Santos, recuerda San Bernardo cómo seguía a Jesús la muchedumbre, porque salvaba sus cuerpos y sus almas, e incluye una breve oración: “Te seguiré ciegamente, Señor, adonde quiera que vayas, y correré tranquilamente por el camino de tus mandatos, porque sé que tú me has precedido”<sup>62</sup>. A diferencia de la muchedumbre, los discípulos siguen a Jesús con desinterés. Por eso pueden acercarse a él en el momento en que el Maestro se dispone a pronunciar el

59 Serm. *En la dedicación de la iglesia*, 1, 4: *Obras IV*, 578-579.

60 Cf. M. BALLANO, *La experiencia pascual*, en *Obras completas de San Bernardo*, IV (Madrid 1986) 10: “Cristo es el Señor de las virtudes, el héroe y campeón de la virtud. Y donde hay virtud Bernardo detecta la presencia del Espíritu, la plenitud de la vida, de la sabiduría, la preferencia de los valores espirituales; un mundo mucho más real que el mundo físico y visible”.

61 *Apología dirigida al abad Guillermo*, I, 2-3: *Obras I*, 252-253.

62 Serm. *En la festividad de Todos los Santos*, 1, 5: *Obras IV*, 510-511.



Sermón del Monte: “No se acercaron a él con el movimiento de sus pies, sino con el afecto de su corazón y la imitación de sus virtudes”.

La alusión a la precedencia de Cristo por el camino no es inútil, puesto que a lo largo de todo el sermón, vamos a encontrar un espléndido comentario a las bienaventuranzas evangélicas. El Santo las presenta como otros tantos paradigmas de comportamiento moral y, más en concreto, como signos de la reconciliación universal que nos remite al paraíso. En efecto, “por las tres primeras bienaventuranzas, se reconcilia el alma consigo misma; por las dos siguientes se reconcilia con el prójimo; por la sexta, con Dios, y por la séptima reconcilia a otros hombres como partícipe de la gracia de Dios y favorecido con su dichosa familiaridad”<sup>63</sup>.

Nos fijamos, finalmente, en un sermón predicado en la fiesta de San Andrés, al que el Santo Abad considera como modelo de obediencia por la prontitud de su seguimiento a la llamada del Maestro:

“¿Quieres un dechado de obediencia perfecta? Escucha al Evangelista: *Vio el Señor a Pedro y Andrés, que estaban echando una red en el lago, y les dijo: Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres.* Sois pescadores y quiero haceros verdaderos pescadores, o más bien predicadores. *Inmediatamente dejaron las redes y la barca y lo siguieron.* No lo pensaron ni vacilaron; no se preocuparon de qué iban a vivir, ni calcularon cómo unos hombres rudos e incultos podrían ser predicadores. No preguntan nada y obedecen a ciegas”.

Al recuerdo de la prontitud del apóstol San Andrés para seguir la llamada de Jesús, sigue una actualización de aquel mensaje, centrado en la virtud de la obediencia, que, según San Bernardo, recibe su valía precisamente del amor:

“Hermanos, esto se ha escrito para vosotros y se proclama año tras año en la Iglesia, para que aprendáis en qué consiste obedecer, y purifiquéis vuestro corazón con una obediencia llena de amor. Este es, sin duda alguna, el único que da valor a la moneda de la obediencia, ésta es su plata refinada y de ley. Solamente el amor hace que la obediencia sea grata y aceptable a Dios”<sup>64</sup>.

63 Cf. o.c. 1,14: *Obras* IV, 526-527. Una amplia referencia a las bienaventuranzas se encuentra también en el *Sermón a los clérigos sobre la conversión*: *Obras* I, 361-423; véase la introducción a este sermón o tratado que presenta J. JOLIVET en F. GASTALDELLI (ed.), *Opere di San Bernardo*, II. *Sentenze e Altri testi* (Milano 1990) 139-150. Otra meditación más breve de las bienaventuranzas incluye San Bernardo en la *Tercera serie de Sentencias*, 2 y 3: *Obras*, VIII, 112-119.

64 Serm. *En el nacimiento de San Andrés*, 2,2, en *Obras* IV, 695-697.

Tras estas consideraciones sobre la prontitud en el seguimiento y el valor de la obediencia, el Santo Abad puede ya explayarse sobre el martirio de San Andrés. Evocando aquel ejemplo, exhorta a los monjes para que pidan a Dios el espíritu del Apóstol, de forma que sean capaces de tomar como él la cruz. Una cruz que, bajo el símbolo de sus cuatro brazos, ofrece al monje una ocasión para exponer los ideales de la continencia, la paciencia, la prudencia y la humildad. Una vez más, el seguimiento de Cristo es evocado, con tanta profundidad como belleza de lenguaje, como motivo para el comportamiento moral del cristiano.

### CONCLUSIÓN

Como se ha podido observar a través de este breve recorrido por algunos de sus escritos, “la doctrina de San Bernardo añade al capital del pensamiento medieval páginas donde la penetración intelectual se une a la intensidad de la emoción, a la fuerza acuñante de la exhortación. Expresa lo que hay de más típico en el pensamiento y la experiencia cristiana: la significación propia de un orden de la caridad”<sup>65</sup>.

De la mano de San Bernardo, se ha ido subrayado la importancia de seguir al Señor por sus caminos. Con razón se ha podido decir que su enseñanza ascética puede resumirse con la expresión clásica de “los caminos del Señor” (*De viis Domini*). Siguiendo los caminos del Verbo encarnado, el creyente puede llegar a la perfección. La configuración con Cristo no es solamente una motivación para el amor, con ser tan importante en su doctrina, sino el camino verdadero para la unión con Dios: “es preciso asemejarse a Cristo en sus misterios para asemejarse a Dios”<sup>66</sup>.

Sin embargo, el seguimiento no lo es todo en la vida cristiana. En la larga carta al papa Inocencio II, en la que examina los errores de Pedro Abelardo, establece San Bernardo una distinción y gradación entre el seguimiento, la aceptación y la comunión:

65 A. FOREST – M. DE GANDILLAC – F. VAN STEENBERGHEN, *El pensamiento medieval*, en A. Fliche – V. Martin, *Historia de la Iglesia*, XIV (Valencia 1974) 153, donde se incluye un buen resumen bibliográfico. Cf. J. de la Cr. BOUTON, *Bibliographie bernardine, 1891-1957* (París 1958); P. FUENTES CRESPO, *El conocimiento místico en San Bernardo de Claraval* (Madrid 1958); R. FRITEGOTTO, *De vocatione cristiana S. Bernardi doctrina* (Roma 1961).

66 A. LE BAIL, *Bernard (Saint)*, en o.c. 1483.

“Quiero seguir a Jesús humilde con todas mis fuerzas; quiero abrazar con los dos brazos del amor al que *me amó a mí y se entregó por mí*. Pero también necesito comer el Cordero pascual. Porque si no como su carne y bebo su sangre no tendré vida. Una cosa es seguir a Jesús, otra poseerle y otra comerle. Seguirle es un consejo muy provechoso; poseerle y abrazarle, un gozo incomparable; comerle, la vida eterna y dichosa (...) ¿Dónde se apoyan el gozo o el consejo si les falta la vida? Son como una pintura en el vacío. Pues, de igual modo, los ejemplos de humildad y los testimonios de caridad carecen de valor sin el sacramento de la redención”<sup>67</sup>.

Es preciso seguir a Jesucristo, aceptando su vida y su mensaje y participando en el misterio de su eucaristía que configura a la Iglesia y alienta su comunión.

En consecuencia, también el deseo de seguir a Jesucristo necesita un ejercicio de discernimiento. No todos los que le siguen, le siguen adecuadamente. Comentando el texto de Ap 14,4, escribe San Bernardo que “siguen así al Cordero los que buscan la redención copiosa como todos, porque ha muerto por todos; y cumplen sus mandamientos como no lo hacen todos, pues no todos guardan sus mandamientos”<sup>68</sup>.

De todas formas, el hecho y la categoría del seguimiento definen la vida del cristiano y pueden fundamentar la exhortación a asumir las responsabilidades morales de la vida cristiana. En sus sermones sobre el Cantar de los Cantares, San Bernardo ha incluido una larga reflexión sobre la envidia y los vicios que genera, como la detracción o la calumnia, al tiempo que alaba la actitud de quien humildemente trata de evitar esas tentaciones. Tras esa digresión, se pregunta: “¿Podrá el sensato condenar a un hombre que aprendió del Señor a ser sencillo y humilde de corazón? Jamás podrá ser excluido de la salvación quien imita al Salvador, Esposo de la Iglesia y Señor nuestro, Dios bendito por siempre. Amén”<sup>69</sup>.

En la misma serie de sermones había ya incluido una bienaventuranza que es a la vez una plegaria y una exhortación para todo cristiano: “¡Dichoso el que fijándose bien de qué manera vives entre los hombres como hombre, se compromete a imitarte en todo lo posible!”<sup>70</sup>.

67 *Errores de Pedro Abelardo*, 25: *Obras* II, 566-569.

68 *Tercera serie de sentencias*, 17: *Obras* VIII, 134-135.

69 *Serm. Sobre el Cantar de los Cantares*, 49,8: *Obras* V, 644-645.

70 *Serm. Sobre el Cantar de los Cantares*, 25,9: *Obras* V, 364-365.

Muchos siglos más tarde, un monje como Thomas Merton ha subrayado con precisión cómo la vida cristiana no puede reducirse a una simple imitación de Jesús, sino que ha de asumir con verdad y generosidad las opciones de Jesús y especialmente el misterio de su cruz:

“Nosotros predicamos a un Cristo crucificado..., un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor 1,23-24). No podremos comprender plenamente estas palabras, si no entendemos el amor y la compasión de Cristo por nosotros en medio de nuestras flaquezas. Los pelagianos vieron la cruz de Cristo solamente como un estímulo y una llamada, pero no como un poder, una fuente de vida y una fortaleza. Cristo no es precisamente un héroe sublime a quien debemos imitar valientemente. Es un salvador lleno de amor, que bajó hasta nuestro nivel para darnos su poder. Quiso identificarse con nuestra debilidad tanto en Getsemaní como en la cruz. Buscamos a Jesús no sólo como nuestra salvación personal individual, sino también como la salvación y unidad del todo el género humano”<sup>71</sup>.

Estas reflexiones del monje escritor y poeta no se alejan de las intuiciones y exhortaciones de San Bernardo. El monje ha hecho suya la experiencia de su santo maestro abriéndolas, ciertamente, al horizonte universal que tanto la fe como los signos de los tiempos nos han ayudado a redescubrir en esta hora de la historia.

JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS

71 Th. MERTON, *El camino monástico* (Estella 1987) 38.

## SUMARIO

La moral cristiana es presentada con frecuencia como un conjunto de normas y de leyes. El autor, que ya en otras ocasiones ha dedicado su atención al tema del seguimiento de Cristo, analiza en este estudio algunos escritos de San Bernardo de Claraval. En ellos subraya el puesto que ocupan las categorías neotestamentarias del seguimiento y la imitación de Jesucristo como motivo del comportamiento moral cristiano. De hecho, en los escritos de San Bernardo la moralidad cristiana no se diferencia fundamentalmente de la práctica ascética y de los ideales de la mística. Especial importancia adquiere en la doctrina de San Bernardo la virtud de la humildad. En su ejercicio, el cristiano puede seguir el movimiento ascensional de Cristo, iniciado por su descenso a la tierra.

## SUMMARY

Christian Moral is often shown as a unit of rules and laws. The author, who on other occasions has drawn his attention to the issue of following Jesus Christ, analyses on this article some of Saint Bernard of Clairvaux's writings. On them, he emphasizes the position the New Testament categories of following and imitation have on Christian moral behaviour. In fact, in Saint Bernard's writings Christian morality does not differ essentially from the ascetic practice or the ideals of mysticism. The virtue of humility reaches special importance in Saint Bernard's doctrine. In its practice, Christians can follow Christ's ascent movement, begun with his descent to the Earth.